

Desde la Puerta del Sol



La Puerta del Sol madrileña, en la que se encuentra el punto kilométrico 0 de España, creemos es un buen enclave para formalizar un juicio de lo que pasa en el país, lo que podemos alargar a Hispanoamérica y al resto del mundo. Con esa idea nos hemos situado junto el oso y el madroño, desde donde saludar a nuestros amigos

Número 378– jueves 19 de noviembre de 2020

El nudo en la garganta

Emilio Álvarez Frías

2 qué mal trago está pasando Alfonso Guerra con ese nudo en la garganta que se le ha formado como consecuencia de los desmanes que con el PSOE está cometiendo Pedro Sánchez al juntar en un todo revoluto su partido con los comunistas de Podemos y los separatistas de Bildu y ERC. Nunca lo hubiera podido creer cuando escuchaba a Pedro Sánchez repetir insistentemente que no podía dormir pensando en verse obligado a hacer política junto a Pablo Iglesias, o las cinco veces que ante las pantallas de televisión, en una misma emisión, una tras otra, aseguró que nunca se aliaría con los etarras. Quizá es que no ha llegado a conocer a Pedro Sánchez como se preciaba en conocer a Juan Barranco cuando defendía su candidatura a la Alcandía de Madrid, lo que lo llevó a pronunciar una frase en su defensa que se hizo popular: «Estos señores no perdonan que Juan Barranco sea alcalde de Madrid siendo hijo de un peón de albañil». Eran otros tiempos, amigo Alfonso. Eran unos tiempos en los que todavía los españoles estaban con el señuelo de creer que la transición había llegado para tener una democracia supina donde se iba a vivir poco menos que en el país de las huries con el que sueñan los discípulos de Mahoma. Debe recordar que en aquellos tiempos se hacían cosas parecidas a las de ahora, aunque con mayor moderación. Por ejemplo, cuando él inventó lo de fletar un avión Mystère para uso particular, con el fin de ir de Portugal (de la localidad del Algarve luso de Faro, donde te encontrabas con tu hijo) rumbo a Sevilla para no llegar tarde a una corrida de toros en La Maestranza, lo que le copió después Zapatero para llevar a sus niñas a Londres y más ampliamente Pedro Sánchez para cualquiera de sus muchos desplazamientos con familia

En este número:

- ✚ **El nudo en la garganta**, Emilio Álvarez Frías
- ✚ **Conservadores y tradicionalistas**, Sertorio
- ✚ **La memoria selectiva del sanchismo**, Guadalupe Sánchez
- ✚ **Sánchez pisotea a 3 niños: Ascen, Alberto y Clara**, Eduardo Inda
- ✚ **Tres milagros que evitarían la debacle**, Álvaro Nieto
- ✚ **Una nueva tiranía**, Juan Manuel de Prada
- ✚ **La «estatalización progresiva» de Sánchez con Iglesias y Otegui**, Antonio Martín Beaumon
- ✚ **Lo verdaderamente despreciable**, Miquel Giménez

o sin ella, a variados destinos; sin olvidar aquellos tiempos en los que anduvo mohíno escondiendo los tejemanejes de su hermano de la misma forma que Pablo Iglesias hace ahora con todo el follón que han montado él y sus secuaces más cercanos respecto a los dineros que han conseguido de Bolivia o Venezuela. Y es que cuando uno se sube al burro, aparte no quererse bajar de él, piensa que desde esa altura puede hacer lo que le venga en gana. Pero volvamos a su nudo en la garganta. Es el mismo que tenemos la mayoría de los españoles desde que vimos aparecer por primera vez a Pedro Sánchez montando la trampa dentro del PSOE para hacerse con los mandos, después en el Parlamento para sustituir a Rajoy, y a partir de ahí en todas las artimañas y trapicheos que ha llevado a cabo con unos o con otros, con esto o aquello. Porque, siendo tan avisado como es Alfonso Guerra, de la misma forma que con su gracejo bautizó a la ministra de Cultura Soledad Becerril como «Carlos II vestido de Mariquita Pérez», podía haberle tomado la delantera a muchos periodistas en la calificación de mentiroso, trilerero, tramposo, etc. con que es conocido Pedro Sánchez, y no digamos todas las otras cualidades que se adjudican a su compañero de presidencia de Gobierno Pablo Iglesias. Se tenía que haber dado cuenta de que Pablo sabe poco de gobernar, y que su gran ambición es vivir en La Moncloa para lo cual pone en marcha todos los planes que alguien le manda para destruir España –a la que estoy convencido Alfonso Guerra ama profundamente– para convertir esto en un Campo de Agramante en el que poder gozar de plena libertad para hacer de nuestro país una sucursal del bolivarismo o de sabe Dios qué. Tal como está la cosa, y no teniéndolo dentro de las personas que me caen simpáticas, estoy



dispuesto a apuntarme a un nuevo PSOE, aunque sea con carácter provisional, que tenga los reñones de hacer lo necesario para que salte por los aires Pedro Sanchez y seguidores, aunque dándoles la oportunidad de emigrar a otro país, quizá a Venezuela, Bolivia u otro hispanoamericano donde Begoña pueda seguir dando cursos de masters gracias a ese diploma que tiene y que ella exhibe como universitario.

En estos momentos en los que rebulle la placenta del socialismo, hay que tener esperanza en que viejas glorias, como los que aparecen en la célebre foto de la merienda campesina de juventud, junto con otros nuevos dotados de cierta decencia, para que hagan lo que sea necesario para limpiar la casa que, sin darse cuenta, se les ha llenado de virus pandémico. Nosotros, lo repetimos muchas veces, somos gente de esperanza. Y avanzados y progresistas hasta las cachas.

Tanto que pensamos que es preciso hacer una España nueva en la que participen todos los españoles, aportando cada quién sus saberes y experiencias, valorándolas –no en un «comité de la verdad» de esos que se montan Pedro y Pablo– sino por un parlamento y senado en el que sus miembros sean elegidos de forma muy distinta a la actual, sin dar primacía a la patulea controlada por los gerifaltes que son los partidos políticos actuales. Una España en la que se vuelva a colocar en su debido lugar aquellas cosas que son eternas, intemporales, junto a las que vayan surgiendo como nuevas para la mejor convivencia de la especie humana que habita en esta tierra que fue considerada como de María Santísima, y que la siguen procesionando incluso una buena parte de los socialistas de cada lugar.

Lo dicho: por el momento dejamos en manos de Alfonso Guerra el tema. Seguro que se pondrá en contacto con algunos de los amigos que estaban en la célebre foto del almuerzo campesino de los primeros tiempos, o con otros del encuentro que tuvo lugar en Suresmes, o con algunos de los que con él y Felipe González gobernaron el país largos

años, o de los que habrán seguido buenos y fieles camaradas suyos a lo largo de todos estos años y están tan indignados como él, con parecido nudo en la garganta y a punto de ahogarse del disgusto, pues pensarán aquello de iesto no es, esto no es! que ya lamentaron otros que también creyeron que todo el campo era de orégano. Mientras saldremos de la confinación a la que estamos sometidos por la pandemia para disfrutar un día de campo y tomar un trago de uno de nuestros botijos de entre los más normalitos, como quizá fuera el que ellos pudieron llevar a la merienda campera.

Conservadores y tradicionalistas

Sertorio *(El Manifiesto)*

Afirmaba un inteligente lector en una apostilla a uno de nuestros artículos: «Mi abuelo se podía permitir ser conservador, yo no». Tiene sobrada razón: el conservadurismo es una posición lógica cuando hay algo que conservar, pero cuando sólo nos queda un campo de ruinas, cuando vegetamos sobre una escombrera, esa actitud resulta absurda, melancólica, inútil y patética, radicalmente sin esperanza. El conservadurismo actual nos recuerda a lo que la leyenda cuenta de madame Du Barry, que llevada al cadalso, con la guillotina delante de sus ojos garzos, al notar que el sayón le bajaba el cuello de la camisa para facilitar el tajo de la hoja sobre su blanca piel, le rogó al verdugo: «*Encore un moment, monsieur le bourreau, encore un momento*»¹. Y a la bella hija del arroyo, devenida condesa por los azares del amor, le fue dado aspirar el aire de París durante unos breves segundos, gozar de la vida por un instante eterno...



Encore. Suponemos que experimentaría algo parecido a lo que Dostoievski conoció en Petersburgo ante el pelotón de fusilamiento. Luego, la mecánica cuchilla de la modernidad acabó con la última representante de la dulzura de vivir del Antiguo Régimen.

Como la condesa Du Barry, los conservadores libran un desesperado combate contra el tiempo, arañan cada segundo que pasa, resignados como lo están a ver su mundo desaparecer como la piel de zapa de Balzac.

Toda batalla defensiva que no tiene como horizonte final un contraataque es una batalla perdida. El conservadurismo europeo está destinado a la derrota por su propia filosofía de frenar el cambio sin ofrecer un rumbo opuesto, por su empeño en amalgamar lo imposible: un pasado glorioso con un presente infame. No es posible conciliar el mal y el bien. Hay que sustentar una *Weltanschauung*, una visión del mundo opuesta al nihilismo de las élites liberales. En el fondo, los conservadores son un mecanismo de seguridad del Sistema: la derecha del liberalismo, un freno de emergencia del consenso progresista, un adversario que admite gentilmente su inevitable derrota, siempre dispuesto al pacto, al abrazo de Vergara, un

¹ «Todavía un momento, señor verdugo, todavía un momento» (N. d. R.).

cómplice nacido de la misma matriz del pragmatismo británico: un Remo tory, gemelo del Rómulo whig, destinado al sacrificio fundacional de la nueva urbe.

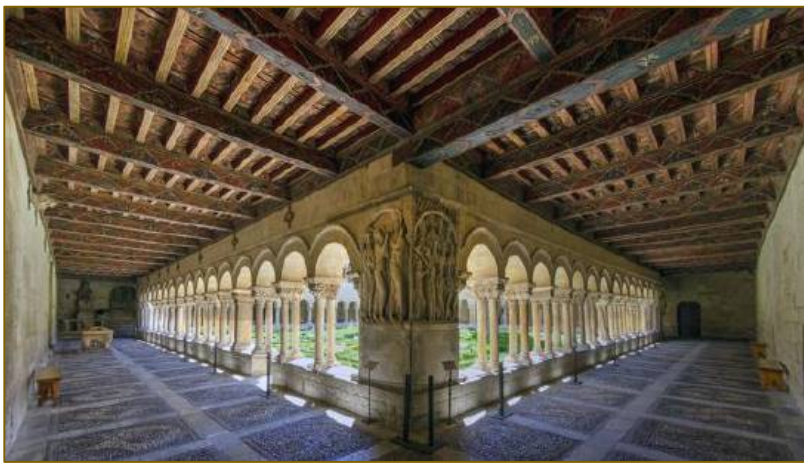
Algunos lectores nos reprocharon, con razón, que lo que definíamos como conservador en realidad no lo era. Y somos nosotros los que tenemos que rectificar: en realidad, lo contrario de la socialdemocracia liberal no es el conservadurismo, sino el tradicionalismo; los conservadores son *sólo la leal oposición*, que es algo muy distinto a ser un antagonista excluyente. Y lo curioso de todo esto es que el tradicionalismo tampoco puede ser lo que era, porque sus dos elementos sustentantes, el Trono y el Altar, han desaparecido o se han degradado hasta tal extremo que se les puede considerar como instituciones enemigas.

Si alguien levantara la bandera de la Tradición católica en España, sería excomulgado por el papa, anatematizado por los obispos y quemado en efígie por los párrocos. ¿Y qué decir de la monarquía liberal, nieta de la usurpación isabelina, dispuesta a apurar hasta las heces todos los cálices de acíbar que le sirve la izquierda?

Si no hay Iglesia ni Rey, aún nos queda la Patria. Los príncipes y los sacerdotes han desertado y sólo aguanta el pueblo, todavía consciente de su identidad, de sus raíces, instintivamente enemigo de las élites y por ello tildado de *ignorante, reprobable, atrasado, racista y paleta* por los sicarios de la plutocracia, por los asimilados de la colonización mundialista, por los renegados a sueldo de Mammón, por la omnipresente socialdemocracia, ese tósigo de los pueblos. En los barrios de las clases medias y bajas, en el agro, entre la gente del común, es donde no se admiten los trágales de la multiculturalidad, del animalismo, de la ideología de género y de los demás instrumentos de disgregación

social, de ruptura de la continuidad histórica y hasta biológica de las naciones.

Lo eterno, por definición, siempre es actual. El europeo de nuestro tiempo tiene que acudir a las viejas fuentes, como el ciervo de Fedro, para verse a sí mismo, para conocerse y contemplarse, para entenderse. Porque las trompas de los cazadores atruenan el aire y los halalíes de los monteros y los ladrillos de las rehalas nos estre-



mecen en estos años negros de nuestra cultura, quizá los últimos de Europa. Ahí están: Platón, Agustín, Bossuet, Chateaubriand, De Maistre, Donoso, Herder, Fichte, Dostoievski, Maurras, Spengler, Evola, Solzhenitsin... Necesitamos un nuevo soplo del espíritu que reavive el sentido de la antigua letra, que ya no puede ser la de hace un siglo en muchas cosas accesorias, pero que expresa la misma esencia. A la modernidad liberal no se la combate con simples sabotajes y retrasos, hay que aniquilarla de raíz, hay que ofrecer eso que tanto molesta a los conservadores que vienen de Burke o de Balmes: una sociedad orgánica, cohesionada, espiritual, beligerante contra los elementos que la quieren corromper, intransigente de cara a sus enemigos. Una comunidad enraizada, creyente, con vigorosos cuerpos intermedios que frenen el poder de las élites, donde la economía se subordine a las necesidades comunitarias y todos sus miembros sean propietarios libres. Un demos estructurado y poderoso, *consciente*, que impida el rapto de su soberanía por instancias apátridas.

En estas horas finales de una civilización debemos ser optimistas. La Tradición europea resurgirá pese a la desaparición de las instituciones que fueron sus garantes. La Europa cristiana renacerá lejos de las jerarquías eclesiásticas o quizás el cisma milenario que separa a católicos de ortodoxos se supere con la absorción de los primeros por los segundos, vista la mortal deriva saducea del Vaticano. Desde luego, hoy la Cristiandad habla por boca del Patriarca Kirill de Moscú, no por la del tribuno populista de Roma. Tampoco nos hacen falta reyes: con buenos jefes nos basta y sobra.

De las ruinas de nuestra cultura, devastada por la barbarie de la Ilustración radical, acabará por reedificarse la Tradición, que ya no será la del Trono y el Altar, sino la del Pueblo y Dios; un Dios íntimo y comunitario, de raigambre campesina en un infierno urbano, de catacumbas y romerías, de milagros, peregrinaciones y oración, cuyos servidores no podrán ser los jesuitas incrédulos que infestan los obispados, sino sabios devotos, peregrinos místicos o monjes severos y patriarcales, hombres que encarnen la fulminante tragedia del cristianismo: Francisco de Asís, Basilio el Bendito, Serafín de Sarov, Bernardo de Claraval o Agustín de Hipona. Quizá esta Tradición no abarque a todos los países de la vieja Europa, especialmente en su parte occidental, sino que se alumbre en reductos, en regiones que por designio de la Providencia se hayan librado de la aculturación y la barbarie capitalista. Desde luego, la lealtad ya no podrá dirigirse hacia el Estado, instrumento de las élites, sino hacia la propia comunidad, hacia la cultura nativa, hacia la Tradición de nuestros padres, más aprendida por el instinto que por la razón. El aparato estatal sólo es legítimo si sirve a la comunidad popular; en caso contrario, es un enemigo. De ahí la rabia y la impotencia del presidente Macron cuando condenaba el separatismo de las comunidades islámicas francesas; no hacía sino ventear el destino inexorable de su utopía multicultural, el fin al que está abocada la República que asesinó a la Francia de san Luis y de las catedrales.

Firmes entre las ruinas, nuestro deber es edificar algo a la vez muy nuevo y muy viejo, que surgirá por sí mismo, por necesidad histórica, poco a poco, de manera colectiva, anónima, popular, como un todo orgánico, sin necesidad de grandes ideólogos. Todo lo que tenemos que saber ya está escrito. No nos hacen falta más innovaciones teóricas, sino mantener el sabor del vino añejo en el nuevo. Cosa bien posible si somos fieles al espíritu y no a la letra: es algo que viene en la sangre y en el alma, se llama *Volksgeist*, *genus loci*, el espíritu de la tierra y de los muertos.

La memoria selectiva del sanchismo

Guadalupe Sánchez (*Vozpópuli*)

Pedro Sánchez es a la Constitución del 78 lo que Caín al amor fraternal: al igual que el personaje bíblico asesinó a su hermano Abel harto de que Dios no lo eligiese a él, Su Sanchidad no tiene reparos en finiquitar la democracia española tal y como la conocemos, no vaya a ser que a los españoles se les ocurra con sus votos posibilitar la conformación de un gobierno por los partidos del centro derecha.

Efectivamente, lo que subyace tras el pacto de los socialistas con Bildu es la construcción de una nueva mayoría en el Congreso que, aunque ante el electorado se presente como partidos con siglas y programas distintos, en la práctica conforme un cordón sanitario que haga muy difícil la alternancia en el poder en tanto persista la fragmentación del voto en la derecha. El acuerdo sellado con los filoetarras supone el apuntalamiento de la

pedrocracia, un régimen en el que las instituciones del Estado dejan de estar al servicio de los ciudadanos para coadyuvar las necesidades del presidente. No hay política de Estado ni cuestión moral o ética cuya bondad intrínseca no vaya asociada a su utilidad para perpetuar a Pedro Sánchez en el poder.

Por eso no me sorprende nada el argumentario que ha elaborado el Gobierno para que los ministros y la prensa militante justifiquen la coyunda con quienes son incapaces de condenar los atentados de ETA y colaborar en el esclarecimiento de los más de trescientos crímenes perpetrados por la banda terrorista pendientes de resolver. Cacarean que el pacto con Bildu nada tiene de reprochable porque es un partido legal. También es legal comer excrementos y a nadie se le ocurre venderlo como una exquisitez culinaria. Y es que los del partido de Otegi son la hez de la política, porque albergan en su seno a quienes no sólo no rechazan, sino también justifican y aplauden a los asesinos de Miguel Ángel Blanco, Ernest Lluch, Gregorio Ordóñez, Joseba Pagaza, Francisco Tomás y Valiente y de tantos otros. Su sangre, su memoria y su dignidad han sido pisoteadas por quienes creen que la instauración del cesarismo sanchista todo lo vale.

Franco y la Guerra Civil

Tampoco les duelen prendas en equiparar la despreciable integración de los bilduetarras a la dirección del Estado (Iglesias dixit) con la Transición española. Ésta fue un proceso de reconciliación emprendido por una amplia mayoría de ciudadanos españoles que pretendían cauterizar las heridas abiertas por un conflicto bélico entre compatriotas y una larga dictadura. Ampararse en una suerte de nueva transición es conceder a los de Bildu



que también existió un conflicto en el País Vasco entre dos bandos y poner en tela de juicio a la democracia. Es otorgarles la victoria definitiva sobre la narrativa y el relato. Es claudicar en nombre de los españoles ante los terroristas a cambio de eternizarse en Moncloa, ya convertida en un enorme retrete usado por Sánchez para defecar sobre lo que queda de nuestro Estado de derecho.

Lo del ministro José Luis Ábalos refiriéndose al terrorismo etarra como «cuestiones muy antiguas y de tiempos que todos queremos superar» ya es de traca. Esto te lo dicen, sin sonrojarse, quienes han montado un espectáculo en torno a la exhumación de Franco o han aprobado el anteproyecto de la «ley de memoria democrática» para poder revivir políticamente las matanzas y atrocidades cometidas durante la Guerra Civil por el bando nacional (porque sobre las del republicano pre-

tenden correr un tupido velo), creando una Fiscalía de Sala para investigar los hechos cometidos entre la contienda y la aprobación de la Constitución, anulando los juicios de la dictadura o penalizando su exaltación. Los mismos que tildan a la oposición de fascistas o franquistas simplemente por no apoyar sin fisuras cualquier idea o propuesta de Pedro Sánchez.

La sangre derramada

Los partidos de la izquierda, que instrumentalizan el guerracivilismo del que no sólo fueron partícipes y víctimas, sino también verdugos hace ya unos ochenta años, sí dicen estar dispuestos a pasar la página de la sangre derramada por los etarras en nuestra corta historia democrática. Porque la Guerra Civil acabó en 1939 y Franco murió en 1975.

Pero el último asesinato que cometió ETA fue hace sólo diez años. En la pedrocracia no hay sitio para las víctimas del terrorismo, sólo para las del franquismo.

Sánchez pisotea a 3 niños: Ascen, Alberto y Clara

Eduardo Inda (*OKdiario*)

–Nuestra patria es España y por nuestra patria este partido que usted conoce bien, y que a usted le conoce muy bien, ha pagado un tributo de sangre que pisotean personas como usted–.

Andaba en mi despacho haciendo mil cosas cuando escuché en la tele de refilón esta frase de Pablo Casado en el debate de la desafortunada moción de censura presentada por Vox. «Menudo derecho le ha metido al indeseable de Pedro Sánchez», cavilé alabando en mi cabeza la por otra parte descomunal oratoria del jefe de la oposición. Cuál sería mi sorpresa cuando salí para indicar que titularan por ahí el directo que estábamos emitiendo y los redactores jefe me corrigieron: «No, no, no iba por Sánchez, el dardo envenenado era para Abascal». Flipé teniendo en cuenta que el presidente de Vox va con escolta desde los 19 años y que uno de sus militantes más insignes, José Antonio Ortega Lara, toda una referencia moral, pasó 532 días bajo tierra secuestrado por un hijo de Satanás llamado Bolinaga al que, cosas veredes, soltaría 15 años después el Gobierno de Rajoy alegando que le quedaban «tres semanas de vida» cuando en realidad



no expiró hasta dos años y medio más tarde. Muerte, por cierto, que yo no lamento como sí haría nuestro presidente del Gobierno.

Y que conste que Pablo Casado, ante todo una buena persona, tiene cien mil veces más moralidad que un Pedro Sánchez que no sabe o no quiere distinguir entre el bien y el mal. Mi duda es si estamos ante un inmoral, es decir, ante alguien que en la alternativa entre el bien y el mal se ha inclinado por lo

segundo, o ante una persona que incurre permanentemente en el mal porque no sabe distinguirlo del bien. Me inclino por la primera opción. Lo del líder del PP fue un error, lo del presidente roza lo delictivo e incurre directamente en la infamia ética más elemental.

Si Alfredo Pérez Rubalcaba, que detestaba al personaje, resucitase y contemplase la deriva de su partido, montaría el pollo padre e irrumpiría en Ferraz cual Jesucristo en el templo invadido por los mercaderes. El drama es que tan sólo Antonio Miguel Carmona y Emiliano García-Page se atreven a cantarle las cuarenta al pájaro. El primero no se corta un pelo, entre otras razones, porque no depende de la mamandurria para tener aseguradas las lentejas. El segundo opta por un tono más institucional pero está en la línea de la decencia. La línea de ese PSOE de Felipe González que ganó más elecciones que nadie porque era más transversal que ninguno. Ya ni siquiera el más que aceptable Lambán se atreve a moverse no vaya a ser que, como diría el Guerra (don Alfonso), no salga en la foto.

Ascen Jiménez-Becerril, de 8 años, y su hermano Alberto de 7 fueron los únicos de los tres vástagos del concejal sevillano del PP que se enteraron de la muerte de sus padres aquel 30 de enero de 1998 de infausto recuerdo. La tercera, Clara, tenía 4 años, carecía de uso de razón y, por tanto, no podía discernir con claridad qué estaba ocurriendo aquella madrugada en un hogar invadido por los sollozos y los gritos de padres, hermanos, tíos y amigos. Consecuentemente, no recuerda a las personas que la trajeron al mundo. Los Jiménez-Becerril García sí comparten un común denominador: tres grandísimos malnacidos, Mikel Azurmendi, José Luis Barrios Martín y Maite Pedrosa, les privaron de crecer



Imágenes del entierro de Alberto Jiménez Becerril y su esposa Ascensión García. Arriba, el lugar del atentado de ETA cubierto de flores

con normalidad, con la presencia de un padre y una madre, como cualquier niño en circunstancias normales. Aquella gélida noche hispalense de hace 22 años Azurmendi se aproximó a Alberto y a Ascen García Ortiz acompañado de un etarra de vasquísimos apellidos, Barrios Martín, y los asesinaron por la espalda. Primero cayó él, milésimas de segundo después ella. Al él le disparó Azurmendi, a ella Barrios.

Ascen portaba tres claveles rojos para sus hijos que acababa de comprar a una vendedora ambulante cuando fue abatida por los pistoleros del comando Andalucía.

Los huérfanos eternos que son los Jiménez-Becerril al menos crecieron con el consuelo de que estos seres despreciables se pasarían media vida en prisión y lejos de sus familias. Hasta esta semana cuando contemplaron, impotentes, cómo nuestro miserable presidente del Gobierno había ordenado el acercamiento al País Vasco de Azurmendi y Pedrosa en cumplimiento de un pacto demoníaco: yo, Pedro Sánchez, doy trato vip a tus reclusos, y tú Arnaldo Otegi, ex jefe de ETA, me votas los Presupuestos. La macromaldad no quedaba ahí: el presidente socialista se cargaba de facto esa política de dispersión implementada por Felipe González que tan buenos resultados proporcionó en la lucha antiterrorista, al punto de constituir uno de los ingredientes esenciales del cóctel legal que provocó el fin de la banda.

Dicho y hecho: estos malnacidos tendrán más facilidades que nunca, trato vip en las prisiones vascas y sus familias podrán verles con habitualidad. Cosa que nunca podrán hacer Ascen, Alberto y Clara con sus padres, que se fueron para siempre hace 22 años. El cómplice de etarras y proetarras que es Pedro Sánchez ha blanqueado a los correligionarios de los asesinos de los Jiménez-Becerril metiéndolos en la institucionalidad. No lo digo yo, lo afirmaba esta semana con delectación el vicedelincuente, Pablo Iglesias: «La disponibilidad de Bildu para votar sí a los Presupuestos es una buena noticia. Demuestra responsabilidad y compromiso para avanzar con políticas de izquierdas. El bloque de la investidura se refuerza y será de legislatura y de dirección de Estado». Vamos, que los proetarras y ETA forman ya parte de la dirección del Estado. Más claro, agua.

Por si acaso no queríamos caldo, dos tazas. El siguiente guiño de Sánchez a sus aliados etarras y proetarras es tan o más repugnante si cabe. Esta mismita semana ha sacado del módulo de aislamiento de la cárcel de Huelva y ha trasladado a otro ordinario a uno

de los pistoleros más sanguinarios: Francisco Javier García Gaztelu, alias Txapote. Este otro malparido tiene en su haber decenas de crímenes pero si hay uno que destaca sobre los demás es el de Miguel Ángel Blanco, al que puso de rodillas tras 72 horas de secuestro que mantuvieron en vilo a toda España y al que, acto seguido, descerrajó un tiro en la cabeza a cañón tocante. También segó la vida de Goyo Ordóñez delante de la inigualable María San Gil y la del socialista Fernando Múgica, hermano de otro grande, Enrique, y luchador antifranquista de los de verdad, no de boquilla.

Nuestro indigno presidente y nuestro no menos indecente ministro del Interior han otorgado ya 175 beneficios penitenciarios a los presos de ese mal absoluto que es ETA. Y encima ayer Grande-Marlaska se permitió el lujo de grabarse un vídeo vomitivo en el que salía participando en la carrera virtual de la Asociación de Víctimas del Terrorismo (AVT). Hace falta ser cínico y mala gente para hacerte propaganda a costa de los muertos de todos cuando acabas de hacer de Rey Mago con seres tan viles como Azurmendi o Txapote. Como apuntaba estos días ese niño que no pudo ser Alberto Jiménez-Becerril júnior, lo que está claro es que a Sánchez le importan más los asesinos que dos personas inocentes. Bueno, que muchas más. Tantas como las 856 que asesinó ETA, entre ellas 11 socialistas, las 5.000 que hirió y/o mutiló, las decenas de miles cuyos sueños pulverizó y las 250.000 a las que obligó a emprender el camino del exilio.

En la vida, cuando no te sitúas inequívocamente del lado del bien, estás posicionándote, por omisión, con el mal. El problema es que Pedro Sánchez se ha puesto por acción en el lado del mal. Si hace dos años siquiera, cuando okupó Moncloa en un sospechoso blitz político-judicial, me llegan a vaticinar que un día un presidente español se aliaría con el brazo político de ETA, habría tomado a mi pitoniso por loco carioco, le habría enfundado una camisa de fuerza y lo habría remitido al frenopático más próximo. El piernas de Sánchez no se ha aplicado precisamente la antológica recomendación de Churchill: «Si pasas por el infierno, sigue adelante». Nuestro lamentable protagonista ha decidido comprarse un palacio en el averno tras pactar con Belcebú y quedarse a vivir allí. Así se está escribiendo nuestra historia.

Tres milagros que evitarían la debacle

Álvaro Nieto (*Vozpópuli*)

Eon la aprobación de los Presupuestos Generales del Estado del año 2021, que todo hace indicar que se producirá en unas pocas semanas, Pedro Sánchez habrá conseguido carta blanca para seguir gobernando hasta finales de 2023.

Con tres años por delante y al menos seis meses de estado de alarma gracias al «hara-kiri» del Congreso de los Diputados, muchos auguran que Sánchez acelerará su proyecto, que básicamente consiste en poner las bases para poder seguir gobernando hasta 2030, adaptando el modelo de Estado a las reclamaciones de los nacionalistas e independentistas, que en el fondo son los que le sostienen en La Moncloa.

Hay otra tesis más benévola, que es la que asegura que, una vez que Sánchez consiga aprobar los Presupuestos, el presidente del Gobierno, en un nuevo giro de guion, se pondrá el traje de constitucionalista y echará a Podemos del Consejo de Ministros.

Esta segunda opción alivia un poco la preocupación imperante, pero es hartito complicado que se produzca porque ahora mismo el trío Sánchez-Iglesias-Redondo funciona a la perfección, aparte de que el hecho de que Podemos esté dentro del Gobierno garantiza

la paz social. ¿Se imaginan lo que estaría ocurriendo en España si gobernase el Partido Popular? Notable ha sido, por ejemplo, el atronador silencio de toda la izquierda ante tres hechos ocurridos en los últimos diez días: devoluciones en caliente de inmigrantes ilegales a países africanos, renovación de la bases militares de Estados Unidos gratis et amore durante un año más y creación de un nuevo órgano que vigilará los medios de comunicación.

La conjunción de tres planetas

Si las inquietantes amenazas que estamos observando estas semanas se acaban cumpliendo y se confirma la deriva autoritaria del Gobierno, la democracia española sólo podría salvarse mediante una complicada conjunción astral que alinease a la vez tres planetas:

1. Una oposición democrática e intachable. Para que el mundo se pueda llegar a creer que Sánchez es un peligro, es necesario que fuera de nuestras fronteras se perciba la existencia de una oposición modélica, intachable desde el punto de vista democrático. En este sentido, la estrategia de Pablo Casado de colocarse en el centro del tablero político parece un acierto. Esto ya no va de izquierda o derecha, esto va de salvar la democracia. De ahí que sea fundamental que Casado olvide los sectarismos y los aspectos más ideológicos de su programa electoral y levante un proyecto transversal y alternativo a Sánchez sobre unas bases muy sencillas: democracia, libertad, estado de derecho y Unión Europea. Eso incluye también no hacerle el caldo gordo al Gobierno: si de verdad piensas que es un peligro, no tendría sentido que pasteras con él los nombres del Consejo General del Poder Judicial (CGPJ), por poner un ejemplo.



2. Una Unión Europea vigilante y exigente. Bruselas es, hoy por hoy, el principal salvavidas que tiene Sánchez para aguantar toda la legislatura. Sin los 140.000 millones de euros que llegarán gracias a la UE, el Gobierno no podría durar más que unos meses. Ese balón de oxígeno está condicionado, pero Sánchez está convencido de que podrá esquivar las consignas de la Comisión Europea. De hecho, el Ejecutivo español ya se pasó por el forro los objetivos de déficit en el año 2019 sin motivo justificado, y no ha pasado absolutamente nada. ¿Hasta cuándo podrá seguir engañando Sánchez a la UE? De momento, han comenzado a saltar algunas alarmas en Bruselas: ha habido dos toques de atención con motivo de la reforma del CGPJ y de la comisión que vigilará el «pluralismo» de los medios. Mientras haya pandemia y el continente esté hecho unos zorros, poca atención se va a poner en España. Pero el problema para Sánchez llegará cuando para el verano de 2021 los demás países hayan levantado cabeza y nosotros sigamos con una deuda de caballo y sin perspectiva de mejora. Cuanto antes perciba la UE que al Sur tiene un serio problema, menos dura será la caída.

3. Un socialismo valiente y patriota. Los dos supuestos anteriores son bastante probables, pues tanto el PP como la UE están ya en guardia. Sin embargo, falta una tercera

pata: que los socialistas cabreados se organicen. Es un hecho que hay muchos votantes del PSOE que se sienten engañados porque el presidente del Gobierno les prometió en campaña electoral justo lo contrario de lo que ha pasado (no iba a haber pacto con Podemos ni con los independentistas). El malestar es también evidente entre los militantes y cargos del partido, algunos de los cuales lo están expresando públicamente. Sin embargo, falta que alguien dé el paso adelante para crear un Partido Socialista Auténtico como alternativa al Partido Sanchista en el que se ha convertido el PSOE. Si eso sucediera, si un día los Felipe González, Alfonso Guerra, Josep Borrell, Eduardo Madina, Jordi Sevilla, Pedro Solbes... en vez de quejarse en privado se atrevieran a constituir una plataforma que plantase cara a Sánchez, España estaría salvada. No porque fueran a ganar las elecciones, sino porque le robarían al actual presidente los votos justos para impedirle seguir gobernando y se podría poner en marcha una alternativa de consenso. Por supuesto, todo eso ahora mismo es pura ciencia ficción, pero no conviene pasar por alto que dos históricos del socialismo como Francisco Vázquez y José Luis Corcuera ya están trabajando en un «movimiento cívico» contra el Gobierno. Algo es algo, aunque todavía falta que el equipo titular, los nombres más visibles y respetados, también salgan al terreno de juego a cara descubierta en defensa de España y de su democracia.

Una nueva tiranía

Juan Manuel de Prada (*XLsemanal*)

A nadie se le escapa que la plaga del coronavirus está facilitando la instauración de lo que Michel Foucault llamaba «biopolítica», una nueva forma de tiranía que no se impone con cachiporras, sino con instrumentos mucho más sofisticados que alcanzan el dominio sobre las personas mediante el control de los espacios que habitan, de sus relaciones personales, de sus conductas y afectos y hasta de sus pensamientos y anhelos más secretos. Los «estados de alarma», «toques de queda» y demás «restricciones de la movilidad» que tanto inquietan a los espíritus más toscos sólo son maniobras de despiste. Mucho más sutiles (y eficaces) son, por ejemplo, las tecnologías de vigilancia masiva que rastrean nuestros movimientos y manipulan nuestras decisiones, llegando incluso a predecirlas; tecnologías que una mayoría social acata mansamente, mientras trastea con sus teléfonos móviles, convencida de que el poder las utiliza para garantizar nuestra seguridad personal y proteger nuestra salud.

Pero, paralelamente, se produce otro fenómeno no menos evidente, que casi nadie detecta, pues nuestra generación, ahíta de ideologías a la greña, ha sido amputada por completo de inquietudes espirituales. Y tal fenómeno es la supresión de la inquietud religiosa, que desde que estallase la plaga del coronavirus se ha mostrado en todo su apabullante esplendor. Cuando leemos cualquier crónica sobre las plagas que en épocas pasadas han diezmando a la humanidad descubrimos que la inquietud religiosa de las sociedades que las han padecido se agudizaba enormemente; pues, confrontadas con la omnipresencia de la muerte, volvían a hacerse las preguntas que la bonanza y el disfrute de los placeres materiales tienden a silenciar. Pero esta plaga se está distinguiendo, precisamente, por una orgullosa falta de inquietud religiosa, que se palpa incluso en las situaciones más extremas (la tranquilidad con que hemos aceptado que nuestros viejos mueran abandonados, sin atención espiritual de ningún tipo), pero sobre todo en el clima social imperante, en los medios de comunicación, en el debate intelectual, en la expre-

sión artística, que lejos de confrontarse con el misterio de la muerte, lo soslayan u ocultan, empleando las más diversas triquiñuelas escapistas.

Y, aunque nadie se atreva a decirlo, ambos fenómenos están íntimamente ligados. En su *Discurso sobre la dictadura*, Donoso Cortés explica una ley de la Historia infalible, que vincula el descenso de la religiosidad con el ascenso de la tiranía. La religión brinda a los hombres una «represión interior» que ordena su vida moral; y, a medida que esa «represión interior» desciende, aumenta inevitablemente la «represión exterior» o política. Donoso repasa las distintas fases de la Humanidad, desde una sociedad plenamente religiosa –la que formaban Jesús y sus discípulos– en la que la libertad era completa (pues no existía otra ley que la del amor), hasta las formas cada vez más evolucionadas de represión política, que permiten a los gobiernos dotarse de un millón de brazos –los ejércitos–, de un millón de ojos –la policía–, de un millón de oídos –la burocracia administrativa–, hasta llegar a un punto en que necesitan también «hallarse a un mismo tiempo en todas partes». Un



apetito de ubicuidad que Donoso

ejemplifica –pronuncia su discurso en 1849– en la invención del telégrafo; pero que los avances de la tecnología han perfeccionado hasta extremos vertiginosos. Donoso hace aquí una pausa temblorosa, amedrentado ante la expectativa de una sociedad en la que el termómetro religioso continúe bajando hasta situarse «por bajo de cero»; pero finalmente se atreve a augurar el surgimiento de «un tirano gigantesco, colosal, universal, inmenso» que ya no se enfrentará a resistencias físicas ni morales, porque para entonces todos los ánimos estarán divididos y todos los patriotismos, muertos.

Y contra esta nueva forma de tiranía que entonces se empezaba a consolidar, Donoso considera que no hay otro antídoto que una «reacción religiosa». Pero, a continuación, lanza esta perturbadora reflexión que el paso del tiempo no ha hecho sino confirmar: «¿Es posible esta reacción? Posible lo es; pero, ¿es probable? Señores, aquí hablo con la más profunda tristeza: no la creo probable. Yo he visto, señores, y conocido a muchos individuos que salieron de la fe y han vuelto a ella; por desgracia, señores, no he visto jamás a ningún pueblo que haya vuelto a la fe después de haberla perdido». Lo que está sucediendo ante nuestros ojos, con la plaga del coronavirus al fondo, no hace sino confirmar los augurios funestos de Donoso. Los nuevos tiranos ya pueden hacer con nosotros albóndigas.

La «estalinización progresiva» de Sánchez con Iglesias y Otegi

Antonio Martín Beaumont (*ESdiario*)

El presidente ha cruzado todas las líneas rojas para convertir su supervivencia en el único objetivo: ni la crisis ni la pandemia son más importantes que mantenerse en el poder.

Pedro Sánchez va a la deriva. Está superado por la envergadura del desastre que él mismo ha ido tejiendo a lo largo del aciago 2020. Intramuros de La Moncloa se saben sentados sobre un barril de pólvora. Son conscientes de la magnitud de la crisis, que aún debe hacerse presente con toda su virulencia. Peste y hambre son un cóctel muy difícil de sortear para cualquier Gobierno. Máxime para uno que ha mostrado tanta incompetencia.

Los nervios resultan un modo de calibrar el mal momento. Una inquietud que se acrecienta al oírles confesar que les han pillado «con las manos en la masa». La tensión del entorno presidencial se hizo evidente en el intento de recortar la libertad de expresión por medio de un organismo de nueva creación, el Comité Permanente de Desinformación.

Por mucho eufemismo que quiera utilizarse y pese al azúcar para que la pastilla sepa mejor, hablamos de censura con todas las letras. Censura incompatible con un sistema democrático.

El argumento de combatir campañas que –presuntamente– pongan en peligro la Seguridad Nacional sólo es una verdad a medias. La realidad es más cruda cuando se mira todo el contexto. Dejar ese sospechoso invento en manos de Iván Redondo, jefe de Gabinete del presidente, y de Miguel Ángel Oliver, secretario de Estado de Comunicación, dos «fontaneros» a la altura del relativismo de Sánchez, es dotar de un arma peligrosísima a quienes son unos convencidos de que el fin justifica los medios.

Cualquier cosa con tal de blindar al jefe en el poder. Seguimos en esa disparatada carrera del sanchismo. Lo demás es hojarasca. Como Iñigo Errejón denuncia, refiriéndose a su antiguo amigo Pablo Iglesias, que por momentos pasa por ser de verdad quien lleva las riendas gubernamentales, la «estalinización progresiva» para concentrar un poder absoluto.

Fijémonos, por ejemplo, en las ansias por controlar la información en los momentos más



duros de la pandemia, cuando la guardia de corps de Sánchez creó para las comparecencias del Gobierno un sistema de información a su medida.

Se seleccionaban todas y cada una de las preguntas formuladas por la prensa. Ellos elegían qué entraba y qué no. Por tanto, orientaban cada una de las convocatorias. Sólo la enorme presión de los profesionales y de las asociaciones de prensa, que

protestaron enérgicamente, forzó la marcha atrás de La Moncloa.

Entonces, como ahora, se trataba de poner bajo vigilancia qué mensajes llegan a la sociedad y cuáles no. Tener a un país anestesiado con el miedo a la pandemia, bajo un estado de alarma que dota al presidente de poderes excepcionales, con un Sánchez que ya ni admite preguntas de la prensa.

Curioso lo de sus últimas salidas para reunirse con presidentes autonómicos, donde no ha habido más que discursos a través de *Youtube*, sin presencia de periodistas salvo los medios gráficos. El criticado «plasma» de Mariano Rajoy, al lado de lo que ahora ocurre, era una broma. El presidente teme la calle, vive bajo el síndrome de La Moncloa tras poco más de dos años durmiendo en el palacio presidencial. Un horror.

Ante la ausencia de logros que ofrecer a los españoles, entre los objetivos no confesados de Sánchez figura impedir que la oposición pueda regresar al Gobierno. Así de sencillo. Hacer imposible la alternancia cuando el presidente se prepara para resistir un horizonte desastroso de empobrecimiento colectivo.

En el búnker

El proyecto de Presupuestos Generales del Estado deja ya a la vista un incremento del 20% en la factura por desempleo para el próximo año, hasta superar los 25.000 millones de euros. Está por ver que España pueda soportar una cifra de parados jamás vista.

De eso se trata, por tanto, para Sánchez. De pertrecharse de todas las maneras a su alcance. De vivir bunkerizado alejado de la protesta. Por complicado que vaya a ser maquillar dramas económicos que sufren directamente las familias.

En realidad, un suma y sigue tras su intento de asaltar por las bravas a los jueces o la imposición de seis meses de estado de alarma «cerrando» el parlamento...

Como el que lucha agónicamente contra el cansancio nadando sin fuerzas hacia la orilla, el presidente del Gobierno desea evitar que se esparzan culpas y críticas a su fracaso en la gestión de la crisis del coronavirus.

Y para ello le sirve cualquier cosa. Agarrarse al rupturismo de Iglesias o dejar que el terrorista Arnaldo Otegi le eche una mano, aun a costa de llevarse por delante sus propias promesas y la dignidad del PSOE.

Lo verdaderamente despreciable

Miquel Giménez (*Vozpópuli*)

Completamente de acuerdo con el viejo león: un acuerdo con Bildu es despreciable. Y la ley Celaá, que elimina la educación especial, se carga la concertada y da carta de legalidad a lo que el nacionalismo lleva haciendo años en los colegios, suprimiendo la lengua de los españoles, es despreciable. Es despreciable que las ayudas a las empresas no lleguen ni lleguen a los más necesitados. Es despreciable que los políticos



de hoy sean los más y mejor pagados de nuestra democracia. Con un diez por ciento sobra. Llevar a una nación al matadero es fácil, especialmente si el pueblo tiene mentalidad de borrego.

Es pornográficamente despreciable la ley para controlar a los que opinamos en libertad, despreciable lo que pasa en RTVE sin que nadie aparezca vestido de negro en señal de protesta. Simón es despreciable, Iglesias es despreciable, Sánchez es despreciable, la Santa Compañía de separatistas son despreciables, las empresas del Ibex que no abren la boca para protestar ante el hundimiento de

nuestra economía son despreciables. Me dejó muchísimas cosas en el tintero, pero nos entendemos. El Gobierno y sus aliados son despreciables tanto por su ideología como por su proceder. De ahí que no pocos dirigentes de aquel felipismo émulo del SPD de Brandt, de las teorías de Palme, de Bruno Kreisky, de Norberto Bobbio o de Oskar Lafontaine, hayan empezado a gritar en voz alta el orteguiano «No es esto, no es esto».

Ahora bien, no hay efecto sin causa, y si ahora el socialismo español es despreciable se debe a que la causa viene de lejos. Quizás demasiado como para que los jóvenes la conozcan. Por eso es menester explicarla, para que comprueben como no existen actos inocentes ni omisiones sin consecuencias. Cuando Alfonso Guerra regía el PSOE se decía que no había nada de lo que no se enterase. El propio Alfonso bromeaba afirmando que sabía cuántas compañeras tenían el periodo nada más entrar en Ferraz. Y no iba del todo desencaminado. Guerra fue omnipresente y, además, inteligente, gran organizador, magnífico hombre de partido y persona a la que siempre he tenido por austera.



Pero cometió el clásico error de todo aquel que disfruta de un poder omnímodo: no le gustaba que le hiciesen sombra. Para evitarlo, se rodeó de perfectas medianías, de sinsustancias que tenían como única habilidad y mérito acatar sus órdenes y reírle las gracias. ¿Qué Alfonso escuchaba la Quinta de Mahler? Pues todos a comprarse el disco, aunque fuera para ponerlo bien visible en la estantería del despacho. ¿Qué a Alfonso le gustaba leer a Machado? (y a quien no, se pregunta uno), pues hala, a comprarse las obras completas, aunque hubo quien confundiera a Antonio con Manuel, llevándose el soplamocos guerrista de: «Ese no, burro, que es facha». (Anécdota, por cierto, que presencié protagonizada por un socialista muy conocido que todavía vive de eso).

Pero cuando en cualquier organización humana se deja de lado la meritocracia, consolidándose como ideal al pelota, al adulador, al inútil con carnet de lameculos, a la que desaparece el talento del dirigente, la mediocridad toma posesión del barco. Los Zapateros y los Sánchez acabaron por barrer los restos de aquella generación que quiso que el PSOE fuera algo más que la Motorizada, el Vita o la Checa de Bellas Artes. Acabaron ganando y sacando la Ley de Memoria Histórica, el «aprobaré el estatuto que decidan los catalanes», las asesorías a Maduro, el Gobierno de coalición con los comunistas bolivarianos, las bajadas de pantalones ante el separatismo lazi y, ¡ay!, las exigencias de Bildu sobre el acercamiento de criminales. Despreciable. Y también habría sido evitable si, en lugar de crear un modelo de partido donde el sí señor es motivo de premio y el matiz causa de condena, Alfonso hubiera organizado una estructura menos rígida, más heterodoxa, sin la falsa ortodoxia del que no cree nada que no sea su coche oficial.

Aquí, en esa pulsión de querer controlarlo todo, se empezó a incubar lo despreciable. Las consecuencias están a la vista de todos.